

FAMILIA FILIZOLA

POR ENRIQUE MARTÍN GONZÁLEZ FILIZOLA

El interés que se ha manifestado por conocer y dejar algún testimonio sobre la historia de mis ascendientes maternos, inmigrantes italianos avecindados en Ciudad Victoria, Tamaulipas, en el último tercio del siglo XIX, obedeció según creo a cierta disposición natural por hurgar en el pasado que siempre me ha caracterizado y a diversos aspectos que ocurrieron durante mi niñez y temprana juventud como lo fueron las aisladas anécdotas con tono nostálgico que escuchaba comentar a mis padres y familiares más cercanos. También llamaron mi atención en esos primeros años de mi vida, los enseres de la casa con lo que crecí, bellos muebles y objetos que reflejaban costumbres y el gusto de la *«Bella Época»*; tiempo de opulencia y bienestar familiar vivido durante el Porfiriato por la clase media alta de la sociedad mexicana a la que pertenecieron por esfuerzo propio los parientes de mi madre. Estos accesorios significaban de alguna forma para mí, la memoria dramática por la que había pasado la familia Filizola en tiempos de la Revolución y años ulteriores, cuando el movimiento agrario los despojó de sus tierras afectaciones que diezmaron drásticamente su patrimonio ganado con trabajo inteligente y tesonero, realizado por varias décadas, y que con llevó la pérdida de gran parte de su sustento económico. Bajo los intereses políticos y el lenguaje oficial que prevalecieron en esos años, los Filizola fueron estigmatizados como enemigos de las reformas que vivía el país y hasta insultados y despreciados por su origen extranjero, causándoles dolor y grandes decepciones. Como cito al comienzo de mi libro intitulado: *Una Victoria Perdida: «la vida es nacer, hacer, y morir. El nacer y el morir no nos toca escoger, pero el hacer, el crear, el saber cómo quieres vivir está en nuestras manos y es lo único que queda después de que nos vamos: lo que hicimos, lo que dejamos... »*

Pero creo que sobre todo, la motivación de investigar mis antecedentes genealógicos, se acentuó en aquellas reuniones efec-

tuadas en la década de los 70's encuentros que disfruté enormemente en unión de la mayor parte de la familia, donde tuve la oportunidad de convivir íntimamente con los tíos abuelos que indiscutiblemente sembraron en mí el cariño por sus ancestros; hombres y mujeres de los que llevamos con orgullo sangre italiana y que representan para nosotros un valioso pasado. Este encuentro con la historia familiar me ha proporcionado seguridad, madurez y grandes satisfacciones.

La semblanza de los Filizola se origina en el pequeño pueblo de Torraca, provincia de Salerno, terruño ubicado al sur de Italia. Evidencias documentales que se han transmitido entre varias generaciones dan cuenta del tiempo al que hay que remontarse para situar su establecimiento en aquella población erigida sobre una colina distante diez kilómetros de las costas del mar Tirreno. La fuente nos remite a las postrimerías del siglo XVIII, pero existen grandes posibilidades que ya con anterioridad a esa época, antiguos miembros con este apellido se hayan desenvuelto en la misma región peninsular.

Considerados de arraigo en el lugar a principios del siglo XIX y establecidos con cierta posición en la comunidad, como se diría en Italia *«una familia benestante»*, los Filizola habitaban viejas casas en el centro del pintoresco poblado. Los bienes de los Filizola en Italia se mencionan en la correspondencia epistolar enviada entre la primera generación de inmigrantes a suelo mexicano y los allegados europeos al inicio del último tercio del diecinueve, cuando señalaban poner «especial atención sobre nuestras propiedades», evidenciando una genuina preocupación por conservar sus posesiones ultramarinas. Al mismo tiempo se hacía énfasis en la observación de cómo se debía proceder en el caso de que algunos de la parentela se hubiera visto en la necesidad de «vender la casa o alguna propiedad». En estos casos se procuraba hacer hasta lo imposible por adquirir el bien en cuestión como se apunta en dicho testimonio. De esta forma se apoyaba al pariente en apuros económicos y se evitaba el desmembramiento de los bienes del clan consanguíneo, procurando que no *«cayeran en manos extrañas»* como se cita en una carta enviada de Tampico a Torraca el mes de abril de 1871. Una de las propiedades identificadas dentro del pa-

trimonio de los Filizola en Torraca, lo fue una fracción de terreno denominada San Martino, localizada en los cerros colindantes al pequeño poblado, donde cultivaban vid y olivo.

Esta información es reveladora además porque muestra la difícil situación económica por la que atravesaba la casa en Italia, muy probablemente ocasionada por las guerras intestinas que desgarraban el territorio europeo en esos años. A la vez explica el motivo que llevó a la generación de esos inmigrantes meridionales que aquí se narra a salir en busca de mejores perspectivas que permitieran generar recursos, para estimular el desarrollo de la economía familiar. Por otro lado se trasluce entre líneas peculiares características sobre su vida que denotaban la unión y solidaridad que prevalecía entre sus integrantes.

Otros aspectos sobre las mentalidades de estos antepasados distantes, son explicadas a través de la tradición repetida de la forma oral, que seguramente daba sentido a los nietos nacidos en México a principios del siglo XX, acerca de algunos acontecimientos que ocurrieron entre los tres hermanos Filizola a su llegada al suelo tamaulipeco. Los tíos abuelos contaban que con el propósito de perpetuar la solidez del grupo familiar, recayó en el primogénito la fortuna de los otros hermanos para fortalecer una sola línea sucesoria, acrecentando el poder económico en la descendencia del hermano mayor, sacrificando la continuación genealógica por vías alternas de las otras ramas familiares. Posiblemente estos argumentos nos acerquen a la realidad de la historia de los hermanos Filizola y a los acuerdos que seguramente existieron entre ellos, los hechos apoyan el conocimiento teórico platicado por los tíos confirmando que sólo don Francisco dejó descendencia legítima y que los dos hermanos restantes, don Blas y don Nicolás murieron solteros beneficiando a sus sobrinos con sus respectivas herencias.

Primera inmigración

A principios del siglo XIX encontramos en Salerno, Italia a los hermanos Filizola integrados Blas, Nicolás, Follone y Giovanni, algunos de estos nombres se van a continuar en la siguiente ge-

neración con los hijos de éste último, Giovanni, quien al contraer matrimonio con Rosa Gaetani engendraron tres varones. En 1839 vio la luz en Torraca el primogénito de esta unión a quien nombraron Francesco Giovanni. En 1841 nació Blas y dos años más tarde vino al mundo Nicolo. Los tres hermanos Filizola Gaetani conforman la primera generación de inmigrantes llegados a México cerca del año 1860. Más tarde el joven Juan Filizola Brandi, hijo del primogénito del grupo, llegaría a Tamaulipas en las postrimerías del mismo siglo conformando la segunda generación de inmigración de esta familia para establecer en territorio mexicano.

En ese momento el país vivía tiempos difíciles: las constates guerras entre imperialistas y republicanos, desgarraban al pueblo de México. Maximiliano y Juárez eran los protagonistas de estas pugnas. En 1867 el primer fusilado en Querétaro; Juárez, después de ganarle a Porfirio Díaz las elecciones de 187, murió al año siguiente. Con el Plan de Tuxtepec en 1876, Díaz subió al poder para ejercerlo por más de tres décadas. Treinta y cuatro largos años ininterrumpidos de paz y progreso material serían propicios para estos inmigrantes. En sus primeros establecimientos de Tancanhuitz y en Tanquellán pequeños pueblos de San Luis Potosí, los hermanos Filizola iniciaron sus actividades comerciales mercadeando con la compra-venta de café. Posteriormente habitaron algún tiempo en Tampico para radicarse definitivamente alrededor de 1870 en Ciudad Victoria. Este fue el lugar que decidieron convertirlo en centro de sus negocios.

¿Por qué los Filizola se asentaron en México? Existen algunos antecedentes históricos interesantes que podrían indicar algún nexo posible entre los italianos meridionales con la partida que adoptaron. Se conocen procesos migratorios durante un largo periodo del siglo XIX, así como referencias precisas de la postura que adoptaron varios gobiernos decimonónicos mexicanos de recibir contingentes de extranjeros para colonizar grandes extensiones de territorio nacional. En ese tenor es de particular interés mencionar una figura destacada dentro de la historia de México como lo fue el general Vicente Filisola, quien ya para las primeras décadas del diecinueve se desenvolvía en la comarca novohispana. Como militar distinguido participó en la guerra

de independencia y en años subsecuentes durante el gobierno de Santa Anna, intervino activamente en la campaña de Texas, sucesos de los que Filisola dejaría constancia cuando escribió su libro intitulado Memoria para Guerra de Tejas (1848). El General Filisola había nacido en Rivello, Potenza en el año de 1785 y emigrado desde muy joven a México. En 1831, según el mapa elaborado por David H. Burr dos años después, el territorio texano había sido dividido para concesiones entre varios individuos a quienes se les había encomendado la tarea de poblar esas extensas asignaciones entre los que participaba Filisola con la propuesta de asentar en una fracción ubicada al norte de aquella demarcación, alrededor de seiscientas familias.

Este dato indica la posibilidad de que otros coterráneos de Filisola, e incluso familiares suyos hayan sido invitados por el militar italiano a participar en la empresa que dirigía. Es de interés anotar por la coincidencia de apellidos que aquí diferenciamos, el caso de una partida de bautismo encontrada al tiempo de las pesquisas de la investigación genealógica, en la que se inscribió el nacimiento de una criatura en la parroquia de Nuestra Señora del Refugio en la capital de Tamaulipas en 1830, en la cual figuraba un señor llamado Antonio Filizola como progenitor del recién nacido, año por demás elocuente con relación al poblamiento de tierras texanas. Ningún otro datos prueba la permanencia de esta gente en Tamaulipas por lo que podría suponerse haya sido su estancia en esta población del centro del estado durante la primera mitad del siglo XIX, el tránsito temporal para dirigirse a la región de Texas.

Sin asegurar la relación directa con los hermanos Filizola Gaetani, hay que indicar la coincidencia de apellidos aún con la diferencia ortográfica que se observa. No deja de existir la alternativa de algún parentesco si consideramos que la escritura de los nombre en siglos anteriores era indistintamente aplicada. La notable cercanía entre los lugares de origen en Italia de ambas familias, ofrece otra viabilidad. Por otro lado es de interés genealógico estudiar el apellido Filizola localizado en nuestros días en las ciudades norteamericanas de Nueva York, Florida, Wisconsin, Los Ángeles y Houston, muy probablemente descendientes de

aquellos pobladores de Texas en el primer tercio del siglo XIX.

De acuerdo a lo dicho anteriormente, es factible el hecho de que los hermanos Filizola tuvieran conocimiento de la región noreste de México a través de parientes y amigos que hubieran inmigrado con anterioridad a suelo mexicano. Una conjetura más cercana en tiempo y geografía que explica el arraigo de mis ancestros en el norte de México, es la migración concatenada de gran número de familias italianas, especialmente originadas del sur de Italia, que se establecieron a partir de la segunda mitad del siglo XIX en esta parte del septentrión mexicano, donde la mayor concentración se ubicó en la ciudad de Monterrey, Nuevo León.

Empresa creciente

La relación de amistad y camaradería de los Filizola con otros italianos asentados en Monterrey, les permitió establecer importantes inversiones económicas en la zona oriental de Nuevo León que acrecentaron sus negocios y su riqueza. Para 1880 los hermanos Filizola contaban con una fábrica de azúcar en Montemorelos y dos alambiques, uno en Monterrey y el otro en Ciudad Victoria. En esta última plaza producían un licor anisado llamado de Mayorca, que les valió mención honorífica en la Feria Internacional de París en 1889. Mantenían el negocio del café en la región de San Luis Potosí y exportaban artículos del país, como el ixtle; fibra vegetal que se explotaba como la de Filizola hicieran caudal comparándola y vendiéndola. Por estas fechas inician el comercio que mantenían con la compra de productos de las haciendas de la región central de Tamaulipas y de algunas otras ciudades, como linares y Montemorelos, que cubrían sus rutas hacia los centros principales de población en esos años, de donde transportaban la mercancía para realizar su venta en Matamoros y Monterrey, estableciendo convenios con los grandes comerciantes de la región como lo fueron Francisco Armendáiz Lauro Galván y Juan Garza Benítez entre otros.

Encaminados los negocios, en 1881 se formalizó legalmente la Sociedad Mercantil «Filizola Hermanos», que había operado ciertamente a partir de la década anterior, como un capital inicial

aportado en proporciones iguales entre los tres hermanos, en la que Blas quedó como socio gerente. La versatilidad de la empresa los llevó en ese mismo año a invertir en una fábrica de cobre en sociedad con un paisano italiano llamado Pedro Falco, radicado en Villa de Santiago, negociación que producía cazos y diversos recipientes del citado metal. Las múltiples transacciones comerciales inscritas en los libros de notarías de esos años presentan a los Filizola como fuertes prestamistas y compradores de propiedades rústicas y urbanas en el estado de Tamaulipas. Hay constancias de las relaciones de negocios importantes casas comerciales de Nuevo León, como el Banco de Nuevo León, Sucesores de Hernández Hermanos, Don Vicente Garza y Hermanos, Don Francisco Rodríguez Urrutia y Don Juan N. Zambrano, entre otros. Sus vínculos amistosos y de negocios con otros italianos establecidos en Monterrey como don Vicente y Antonio Ferrara y Calixto Piazzini nos hablan de la camaradería y solidaridad entre los italianos radicados en esta parte de la República Mexicana.

Para 1890 los frutos del trabajo constante y de los negocios bien realizados de los hermanos Filizola, los habían colocado entre las mejores casas comerciales del estado y eran considerados como una de las principales familias de terratenientes en el centro de Tamaulipas. Grandes inversiones en la minería, actividad que cobró importancia durante el porfiriato, muestra las esperanzas que pusieron los empresarios de aquellos años en esta actividad comercial. A finales del siglo XIX, Francisco, Blas, y Nicola Filizola, tenían acciones en compañías y asociaciones industriales en Tamaulipas, Nuevo León, Durango, Chihuahua, Coahuila y Zacatecas. En 1904 se adquirieron las últimas acciones que ingresarían a su capital como lo fueron alguna cantidad de bonos a la Compañía Minera, Fundidora y Afinadora «Monterrey», S.A.

Quizá la inversión más importante que hicieron los Filizola fue la adquisición de los fértiles terrenos ubicados en la margen del río purificación en la villa de Padilla, donde crearon a fines del siglo XIX su hacienda de San Francisco. Esta propiedad colindaba, río de por medio, con otro famoso predio en el estado que por esas fecha pertenecía a don Patricio Milmo, personaje acaudalado residente de la ciudad de Monterrey quien había adquirido

la antigua hacienda de San Juan cuya historia data de principios de esa misma centuria. Esta región donde se erigieron esta y otras importantes haciendas dedicadas a la agricultura, fue una de las más productivas debido a la abundancia de agua destinada a la siembra por riego gracias a las magnas obras que los hacendados de la zona emprendieron para asegurar sus cosechas.

En la hacienda de San Francisco se sembraba caña de azúcar para la elaboración de piloncillo, maíz, frijol y otros cereales de los que se cosechaban grandes cantidades y se distribuían en los mercados nacionales y en los del extranjero. También la hacienda se dedicó a la cría de ganado a gran escala, en general al ganado mayor y menor, vacas lecheras, caballar y mular, así como a la reproducción de ganado porcino, el fuerte capital invertido en San Francisco, la convirtió en una verdadera empresa agrícola considerada entre las principales de Tamaulipas llegando a construir una fuente productora importante en la economía del estado. La cercanía con el país vecino y las facilidades que el gobierno porfirista brindó a los empresarios, permitieron a algunas de las haciendas del centro de Tamaulipas a adquirir tecnología y maquinaria moderna importada de los Estados Unidos que sin duda mejoraron el rendimiento de las fincas.

La obra arquitectónica que edificó esta familia en Ciudad Victoria y Padilla, considerada como patrimonio cultural de Tamaulipas, puede simplificar muy bien lo que don Salvatore Sabella afirma de los italianos al referirse en su libro Cuatro Siglos de Presencia Italiana en Monterrey, que estos se caracterizan por una extraordinaria percepción de la belleza, manifestando un desarrollado sentido de la armonía, del refinamiento y de la elegancia. Historiadores, cronistas y periodistas, propios y extraños han elogiado a través de generaciones la antigua casona de los Filizola, ubicada en el corazón de Ciudad Victoria, uno de los principales edificios históricos de la ciudad.

Una referencia que data del año 1895 hace mención de «*la suntuosa finca de los hermanos Filizola*» y en 1907 a escasos trece años de haberse concluido su construcción, se leía en una publicación México-americana: «*Entre los edificios particulares cuéntese como notable la casa de Filizola*», estas entre otras citas a lo largo del siglo que

concluye. Uno de los historiadores más prestigiados de Tamaulipas, Don Candelario Reyes, mencionó en algunos escritos realizados en la década de los años 40's el *«hermoso edificio que construyó don Francisco Filizola, italiano que a fuerza de trabajo y en colaboración con sus hermanos Blas y Nicolás formó un buen capital cuya primera importante aplicación fue la compra del solar de referencia»*. Hoy por hoy, el edificio ha sido declarado monumento histórico de Tamaulipas a partir del año de 1984.

Hasta la fecha se conserva entre los viejos victorenses el recuerdo de la casa que por su arquitectura, sus dimensiones y el ajuar con que se decoró; como se sabe fueron contratadas las mejores fábricas mexicanas para amueblarla así como los objetos europeos traídos expresamente para tal fin, en el pasado y en el presente es una de las casas más célebres de la ciudad. En esa antigua residencia de la familia destacada más por su atractivo que por su comodidad como sé cómo se construían las antiguas casonas en el México porfiriano, hay que mencionar el gran salón de la casona Filizola, localizado en el segundo nivel, por el simbolismo que encierra en cuanto a las costumbres de sus moradores. Era en esta área de la magnífica vivienda donde se exhibían en las paredes grandes retratos al óleo y al pastel de los ancestros y familiares difuntos con lo que demostraban su profundo cariño, respeto y veneración por lo seres queridos ausentes.

Su preferencia por rodearse de cosas bellas queda plasmada además de la casa de la calle Hidalgo, anteriormente referenciada, en las otras edificaciones que alzaron por diferentes motivos. La notable cripta familiar cimentada en 1896, es una prueba contundente de ello revestida con abundante mármol italiano de la mejor calidad, fue creada para resguardar los restos de aquellos que iban falleciendo ineludiblemente. Por otro lado el interesante complejo arquitectónico que conforma la casa y diversas dependencias de la hacienda de San Francisco, es otro ejemplo de lo anterior. La construcción de planta y estructura con reminiscencias de manufacturas italianas, está recubierta con tabique rojo y techos de lámina acanalada que fue importada de Inglaterra. Su arquitectura presenta un estilo ecléctico que predominó durante el Porfiriato en México, con tendencias neogóticas que se obser-

van en las pequeñas ventanas en forma de ojiva. En donde se ubican las instalaciones del viejo trapiche, sobresale por su altura y construcción una chimenea de ladrillo protegido de cemento y construida en 1914, al parecer trabajo encomendado a la casa Decanini, hermanos



1897. Casa Filizola, don Juan, doña Juanita, en brazos María y a la extrema derecha don Blas Filizola

Juan Filizola Brandi, segunda migración

El joven italiano llegó a México en 1892, entro al país por Nuevo Laredo, Tamaulipas cuando tenía 22 años de edad habiendo nacido en Torraca el año de 1870. Se instalaba en Ciudad Victoria para reunirse con su padre y tíos Blas y Nicolás. Había realizados sus primeros estudios en el pequeño pueblo de origen y más tarde había ingresado junto con su hermano Biagio, a la Abadía benedictina de Montecassino, para cursar estudios superiores interrumpiendo sus materias para venir a México.

A su llegada a Tamaulipas, ingresó de inmediato a las actividades empresariales de sus mayores, los negocios crecían a buen ritmo y la situación era propicia para que adquiriera experiencia. La tradición familiar cuenta que su padre don Francisco le tenía vista una jovencita nacida en Ciudad Victoria en el año de 1857 llamada Juana, hija del italiano Domingo Pieri sufrió un cambio ortográfico como muchos otros nombres extranjeros, cuando se suprimió la última letra para facilitar la pronunciación, para acortarlo o bien para hacerlo más común al idioma español. El señor Pieri era originario de Lauria, provincia de Potenza.

El enlace matrimonial efectuado entre Juan Filizola y Juana Pier reviste una singular importancia dentro de la historia de esta familia por significar su unión el surgimiento de la única rama que se arraiga en suelo mexicano. En el mes de noviembre de 1895 se comentaba en un periódico de la localidad el referido matrimonio en el que se incluían apreciaciones de ambas familias. Por parte de la desposada se consideraba conocida de tiempo atrás la honorabilidad de la familia Pier cuyos miembros todos hánse captado las simpatías enteras de nuestra sociedad por su conducta irreprochable o diario observada y de la trayectoria del cónyuge se leía: conocidas son al par la laboriosidad buen nombre de los Sres. Filizola. El articulista que escribió la reseña de la boda señalaba que: al tener lugar un acontecimiento de la importancia de un enlace entre personas de ambas familias, éste fuera motivo más que razonable para atraer desde luego la atención no solamente de aquellos que están unidos por vínculos de amistad a esas familias, sino aún de todos y así fue con efecto. Continuando con la lectura del mismo documento que por demás constituye una interesante declaración de las costumbres matrimoniales en una época determinada, se afirma que el evento había sido un acontecimiento cuya impresión gratisima para los que a él asistieron, durará por tiempo indefinido. Además de calificar el festejo como una boda que por mil títulos formará época en la historia de los esponsales victorenses, concluía con los mejores deseos para la pareja acuñando una bien intencionada frase por demás significativa: que el sol de la dicha, sin sombra alguna que oculte sus benéficos resplandores, radie eterno sobre el hogar, nido de amor, que surge a la vida social.



1906. La familia Filizola crece, don Juan Filizola y su familia.

La muerte de don Francisco en 1897 y la de don Blas dos años más tarde acrecentaron la responsabilidad de Juan Filizola, debido a que el tío Nicolás había regresado a Italia donde murió en 1909 dejando como heredero a sus sobrinos los Filizola Brandi: Juan Filizola incrementó lo que sus antecesores habían logrado y le tocó en unión de sus hijos vivir más adelante el desmembramiento de la fortuna familiar.

Los hijos de Juan Filizola y Juana Pier, primera generación enteramente mexicanizada, empezaron a nacer en 1896 y la familia quedó conformada por María, Laura, Francisco, Silvia, Atilio, Umberto, Arnoldo y Renato. Nacieron en época de abundancia económica que trajo aparejada una infancia feliz y juventud sin preocupaciones. Disfrutaron de gratos momentos en compañía de sus padres y mucha parentela y amigos que se congregaban en la hacienda de San Francisco donde vivieron los beneficios de un ambiente sano, campirano y de mucho trabajo. Posteriormente al momento de la Revolución, la familia tuvo que refugiarse en los Estados Unidos, en San Antonio Texas donde adquirieron algunas propiedades ingresando a buenos colegios donde todos cursaron y concluyeron sus respectivas carreras.

Los problemas políticos de México a partir de la segunda década de siglo XX, dieron principio al decline de la economía familiar, Sin embargo no fue son hasta la Reforma Agraria que su patrimonio se vio seriamente disminuido. A diferencia de los hacendados de Monterrey que habían invertido su capital además en empresas que no fueron afectadas por el Agrarismo, la mayoría de los terratenientes de Tamaulipas tenían puesta su fortuna en la producción de sus tierras, motivo que ocasionó la pérdida irremediable de gran parte de sus bienes. Es muy posible que todo ese proceso doloroso de cambios bruscos que sufrió la familia haya repercutido en las vidas personales de cada uno de ellos, sin embargo todos hicieron su esfuerzo para superar los problemas caracterizándose siempre por un trato afable y prudente. Parte de la familia Filizola Pier se radicó en los Estados Unidos y no volvieron más al país. En aquella nación norteamericana habitan Joan Hope y Jon Atilio Filizola, los hijos de Attilio, el único de aquel grupo que dejó descendencia. La sucesión de Laura, Francisco, Arnoldo y Renato forman los actuales integrantes de esta familia en México: Los Biagi Filizola,

Los Filizola Jones, los Filizola González y los Filizola Haces. Siempre escuché que el bisabuelo Juan Filizola había fallecido a causa de las serie dificultades que le habían ocasionado su ruina, en la presentación de mi libro Una Victoria Perdida. Relatos de este lado del tablero. Juan Fidel Zorrilla, hace alusión a los momentos angustiosos por los que pasó la familia al repartirse sus tierras, sin permitirle una defensa jurídica eficaz, lo que envolvió el drama final de su vida. Se llegó a mencionar acerca de la oportunidad que tuvo el bisabuelo de regresar a Italia con gran parte del capital obtenido en sus empresas mexicanas al momento del movimiento armado, sin embargo prefirió permanecer en la tierra que le había dado tanto, la Patria donde sus hijos habían nacido.



1946. Familia Filizola.

Es solo la historia de una familia

¿Qué importancia podría tener la historia de esta familia para México?, para la región donde se asentaron sus primeros inmigrantes, o ¿Qué significado tendrá para su país de origen? Define a los Filizola, don Juan Fidel Zorrilla, intelectual de altos vuelos, como arquetípica familia distinguida cuando señala la importancia social y económica que durante el Porfiriato alcanzaron sus integrantes. Es decir, el historiador tamaulipeco plantea al observar la historia de esta familia, un modelo de los agregados familiares que fundaron haciendas y empresas que contribuyeron a la producción agrícola y ganadera en la región central de Tamaulipas. Desde el punto de vista histórico, la memoria de los Filizola en México, se desarrolla durante el antiguo régimen y puede verse como el testimonio de un grupo que se destacó, formando parte de la generación de fortunas y de la riqueza pública de un pueblo mexicano.

Según algunos autores que han estudiado esa etapa histórica, la clase dominante del Porfiriato lo fueron en su mayoría inmi-

grantes emprendedores que se dedicaron entre otras actividades mercantiles a la naciente industria, al comercio y a la banca, mismos que alcanzaron una posición privilegiada a finales del siglo XIX y que conformaron la elite social y económica de México. Su origen europeo pudo haber contribuido a su éxito en medio de las distinciones raciales que desempeñaron un papel en la diferenciación económica del Porfiriato. Los estudios prueban que los extranjeros se hallaban en la cúspide, luego los criollos mexicanos blancos de extracción europea. Paradójicamente a esto su misma ascendencia extranjera perjudicó enormemente algunos de ellos al momento de advertirse la Revolución Mexicana.

El gobierno italiano, a través de su embajada en México, viene desarrollando la labor para fortalecer desde hace ya varios años, las raíces de la «italianidad», entendida no sólo para los ciudadanos italianos sino para todos los que tienen el mismo origen. De esta forma el cuerpo diplomático italiano adopta la postura de valorar, reconocer y proteger la fuerza vital de los italianos que se han desenvuelto en todo el mundo. Dentro de las celebraciones de los festejos realizados en el mes de junio de 1996, con motivo del aniversario número 50 de la República Italiana, el presidente de italianos en el extranjero el Doctor Raffaele Cardone manifestó que *«la italianidad no sólo es una sensación, un sentimiento, una manera de ser y de vivir. Es un derecho humano cultural de todos los que tienen sangre italiana. Así entendida la italianidad es un patrimonio para Italia»*.

En un desplegado del periódico Excelsior de la ciudad de México, con fecha del dos de junio del citado año donde se apuntaron estas reflexiones, se incluyó una fotografía de la familia de don Juan Filizola, seleccionada por la embajada como un prototipo familiar de buena trayectoria de los italianos radicados en México. En la misma publicación se inscribe otra cita por demás elocuente con relación a las migraciones de italianos a otras partes de la urbe que me gustaría plasmar aquí: son *«tres componentes que integran a un estado: gobierno, territorio y pueblo. El pueblo de un estado es su gente en cualquier lugar que lo haya llevado la necesidad, la curiosidad, el espíritu de aventura y de empresa, el deseo de vivir y crear»*. Gutierre Tibón habla de la analogía de temperamentos que existen entre el mexicano y el italiano así como de sus idiosincrasias convergentes. Es suya

la frase que dice *«dos países lejanos en el espacio, dos banderas con el mismo tricolor verde, blanco y colorado. El mexicano que pisa por primera vez suelo de Italia, no se siente extranjero, y el italiano que emigra a México buscando una nueva patria, menos aún»*, Al término del siglo XX, nuestra familia ha sabido adaptarse a los cambios, manteniendo el buen nombre que hemos heredado de nuestros antepasados. Nos sentimos orgullosos de nuestro apellido, de nuestra ascendencia italiana y de nuestra mexicanidad. Procuraremos ser hombres de bien y destacarnos en nuestras respectivas ocupaciones. Bien lo señala Tibón cuando escribe que *«los italianos de ayer se cuentan entre los más genuinos mexicanos de hoy»*.